Ciudades otrovertidas: metamorfosis del habitar ante el avance de la soledad urbana

Otrovert Cities: The Metamorphosis of Dwelling in the Face of Growing Urban Loneliness

Guillermo Tella
Universidad de Flores, Argentina | Universidad de Buenos Aires, Argentina
guillermo.tella@uflouniversidad.edu.ar
0000-0001-6461-0113

Myriam Heredia
Universidad de Buenos Aires, Argentina
mnheredia@gmail.com
0009-0005-8678-9835

Resumen

Las ciudades contemporáneas enfrentan una paradoja estructural: nunca habían sido tan densas, interconectadas y tecnológicamente sofisticadas. Sin embargo, tampoco habían producido niveles tan elevados de soledad, aislamiento social y debilitamiento de los vínculos cotidianos. Este trabajo aborda la problemática de las ciudades para no estar solos desde una perspectiva crítica, articulando la soledad urbana con los debates sobre sostenibilidad urbana, ciudades inteligentes y ecología urbana. Se sostiene que una ciudad que genera aislamiento y fragmentación social difícilmente pueda considerarse verdaderamente sostenible, aun cuando presente buenos indicadores ambientales o tecnológicos. La sostenibilidad urbana debe incorporar la dimensión relacional como componente estructural del bienestar colectivo.

Palabras clave: soledad urbana; sostenibilidad urbana; espacio público; ciudad inteligente; vida colectiva

Abstract

Contemporary cities face a structural paradox: never before have they been so dense, interconnected, and technologically sophisticated; yet, at the same time, they have never generated such high levels of loneliness, social isolation, and the erosion of everyday social ties. This paper addresses the issue of cities for avoiding loneliness from a critical perspective, linking urban

loneliness to debates on urban sustainability, smart cities, and urban ecology. It argues that a city generating isolation and social fragmentation can hardly be considered truly sustainable, even if it boasts strong environmental or technological indicators. Urban sustainability must incorporate the relational dimension as a structural component of collective well-being.

Keywords: urban loneliness; urban sustainability; public place; smart city; collective life

Recibido: 05/04/2026

Aceptado: 22/08/2026

DOI: 10.63790/xpfhyr24

Huellas se encuentra bajo la licencia de Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0.



1. Introducción

La urbanización acelerada, impulsada por la búsqueda de oportunidades económicas, la mejora de los servicios básicos y la promesa de buena calidad de vida, llevó a que en los años 50 solo un tercio de la población mundial viviera en ciudades y se estima que en unas décadas ese guarismo se duplique. Sin embargo, tal proceso, lejos de ser lineal, ha generado efectos colaterales que tensionan la sostenibilidad de la vida urbana: presión sobre las infraestructuras existentes, encarecimiento del acceso a la vivienda, congestión vehicular, degradación ambiental, desigualdades crecientes y pérdida progresiva de biodiversidad (Bauman, 2002).

Entre tales cuestiones dilemáticas, emerge con especial énfasis un fenómeno silencioso, persistente y socialmente devastador: la soledad urbana. A diferencia de otras problemáticas, su impacto no es fácilmente mensurable ni estrictamente visible. Más aún, todavía no ha sido suficientemente reconocido como problema colectivo. Se manifiesta en la experiencia íntima de millones de personas que habitan ciudades densas pero viven desconectadas, que comparten calles, plazas, transporte y paredes pero carecen de redes de apoyo, que transitan espacios comunes pero que no constituyen una construcción comunitaria (Capel, 2004).

Se observa entonces cómo la soledad urbana afecta a personas mayores, a jóvenes, a adultos, a infancias, a familias enteras. Se caracteriza por una fuerte dependencia de la tecnología, la reducción del espacio público cualitativo y la proliferación de entornos residenciales que priorizan el encierro por sobre el encuentro, con lo cual es posible identificar que la ciudad contemporánea ha producido una nueva figura de habitante: el sujeto insular. Este sujeto se halla rodeado de otros pero separado de ellos por dispositivos físicos, tecnológicos, culturales y emocionales. Esta condición de insularidad remite nuevamente a una lectura kafkiana: un habitar donde la persona experimenta una transformación interior que la vuelve extraña a su propio mundo.

Así, muchos habitantes de nuestras ciudades ya no encuentran en su entorno los espacios que habiliten el reconocimiento mutuo, la pertenencia o la construcción de vínculos significativos. Frente a este escenario, resulta imperioso recomponer el tejido social a partir de la producción de espacios inclusivos. Así como la ciudad es capaz de producir soledad, también puede contribuir a mitigarla. Puede replicar patrones de aislamiento, pero también habilitar nuevas formas de encuentro. Así como tiende a consolidar desigualdades, también puede promover espacios de convivencia, integración y cuidado (Heredia & Tella, 2025a).

La urbanización descontrolada no solo erosiona ecosistemas, sino que también contribuye a incrementar efectos del cambio climático y a degradar la calidad del aire y del agua, a reducir de manera sistemática los espacios verdes y los ámbitos de la vida social, el descanso y la conexión con la naturaleza. La ciudad, en su afán de crecer, comienza a transformarse en un organismo que deja de reconocerse a sí mismo. Consiste en un proceso donde el entorno construido adopta formas que vuelven extraños a sus propios

habitantes, como si despertáramos convertidos en algo ajeno a lo que fuimos o a lo que necesitamos para vivir bien.

Esta transformación física tiene consecuencias profundas sobre la vida social. La presión sobre los recursos y la insuficiencia de la infraestructura urbana no solo afectan el funcionamiento material de la ciudad, también generan un clima de desarraigo cotidiano. Cuando el acceso a la vivienda, al transporte o a la energía se vuelve desigual o precario, los habitantes experimentan la ciudad como un espacio que los expulsa simbólica o concretamente. La fragmentación del tejido urbano se traduce en fragmentación social. Los más vulnerables —personas mayores, jóvenes, mujeres, empleados precarizados— son quienes sufren con mayor intensidad las consecuencias de un entorno que se vuelve hostil.

2. Topologías del desasosiego: del cambio climático a la fragilidad urbana

La degradación de los espacios públicos y comunitarios profundiza este aislamiento. Al disminuir las oportunidades de encuentro espontáneo o convivencia intergeneracional, la ciudad refuerza dinámicas de insularización que afectan no solo la salud mental y física, sino también a la cohesión social. Aquí se vuelve central el aporte de Richard Sennett, quien distingue entre dos modelos paradigmáticos: la ciudad cerrada y la ciudad abierta (Sennett, 2018). La primera, caracterizada por la homogeneidad, la compartimentación y la búsqueda de eficiencia, que produce entornos rígidos donde la diferencia y la mezcla son vistas como amenazas. La segunda —la ciudad abierta— se concibe como un espacio permeable, inacabado, donde la diversidad es un valor y donde las formas urbanas permiten la interacción entre desconocidos (Soja, 1996).

En este contexto, la metáfora kafkiana dialoga directamente con Sennett. La ciudad cerrada no solo transforma el espacio: transforma a sus habitantes, volviéndolos más aislados, más temerosos, más encapsulados. La ciudad abierta, en cambio, ofrece la posibilidad de recomponer el lazo social mediante la porosidad, la adaptabilidad y la apertura a lo inesperado. Si la ciudad cerrada nos convierte en seres extraños, atrapados en cuerpos y espacios que ya no nos representan, la ciudad abierta funciona como una oportunidad para recuperar la capacidad de encuentro y de convivencia con la diferencia. Este puente conceptual es fundamental. No se trata de la presión demográfica o la crisis ambiental sino de comprender cómo ese proceso transforma los modos de habitar y de relacionarnos.

Ello implica adoptar una mirada integral que incorpore dimensiones sociales, económicas, ambientales y culturales del habitar. Implica asumir que el diseño del espacio no es neutro sino que define comportamientos, incentivos, percepciones y posibilidades (Sassen, 1991). E implica, además, que urbanismo y arquitectura son capaces de imaginar y proyectar futuros superadores. Para ello se requiere construir ciudades más humanas, que prioricen la creación y la revitalización de espacios públicos, la accesibilidad universal, la movilidad sostenible, el encuentro colectivo, la vivienda

asequible, las infraestructuras del cuidado, los paisajes cotidianos (Tella, 2022). Se trata de reconectar a los habitantes con su propio territorio, que transformen ciudades en plataformas de vínculo, que recuperen la calle como la dimensión más profunda del habitar.

Esta tensión pone en primer plano la necesidad de pensar la ciudad como un sistema abierto. La resiliencia, en el sentido urbano, no puede limitarse a reforzar muros, elevar defensas hidráulicas o instalar más tecnología predictiva. Una ciudad verdaderamente resiliente deberá integrar flexibilidad, diversidad y porosidad en su estructura física y social. Se trata de una ciudad que se torne más permeable, que fomente la cooperación en lugar del repliegue individual, que entiende a la crisis como oportunidad para redefinir bordes, umbrales y modos de interacción (Heredia & Tella, 2025b).

3. Ciudad como frontera social: producción espacial de la vulnerabilidad

Construir infraestructuras resilientes, promover prácticas sostenibles, ampliar áreas verdes o implementar sistemas de drenaje urbano son medidas indispensables pero insuficientes si no se acompañan de una transformación ética y cultural. Una ciudad abierta, en términos sennettianos, implica aceptar la incertidumbre como condición estructural y el diseño de espacios capaces de absorberla: plazas que funcionen como refugios climáticos, redes de movilidad que reduzcan la dependencia energética, barrios que combinen naturaleza y densidad para mitigar el calor, comunidades que participen activamente en la gestión del riesgo.

Entendemos que el cambio climático nos obliga, en definitiva, a repensar la relación entre cuerpo, espacio y colectividad, a reconocer que la resiliencia no es un atributo estático sino un proceso continuo de adaptación urbana y social. Una ciudad que mira de frente su metamorfosis ambiental no solo sobrevive: aprende a reconstruir vínculos y a ofrecer cobijo en un lugar incierto. En esa búsqueda, entre Kafka, Sartre y Sennett, la resiliencia urbana se convierte en una forma de resistencia humana contra la soledad, la desconexión y la incertidumbre de futuro.

La soledad urbana no es una condición aislada, sino un fenómeno promovido por la propia morfología urbana, por las decisiones de diseño, por las políticas de suelo y por la manera en que organizamos y segmentamos el espacio colectivo. Frente a este escenario, es imprescindible priorizar la sostenibilidad, la equidad y la apertura (Castells, 1996). Esto implica desarrollar viviendas asequibles que eviten la expulsión de población, fortalecer el transporte público multimodal para reducir desigualdades, invertir en energías limpias y en infraestructuras verdes y, sobre todo, reconstruir el espacio público como infraestructura social, no como residuo resultante entre edificios.

Así, entonces, la desigualdad social y económica se manifiesta en las ciudades no solo como un fenómeno estadístico o estructural, sino como una experiencia íntima, persistente y —muchas veces— silenciosa. La desigualdad no es únicamente un problema de acceso a recursos: es una atmósfera, una

condición que envuelve a los habitantes y determina qué espacios pueden transitar, qué servicios pueden utilizar y qué tipo de vínculos pueden establecer. Como en *El Castillo* kafkiano, el acceso a ciertos territorios urbanos parece reservado a unos pocos, mientras el resto permanece atrapado en un sistema que nunca explica sus reglas.

La urbanización acelerada ha profundizado estas brechas (Harvey, 1977). A medida que las ciudades crecen, lo hacen también sus zonas de exclusión: barrios sin servicios básicos, sectores sin transporte eficiente, viviendas inadecuadas, escuelas saturadas y centros de salud insuficientes. La desigualdad se vuelve, así, un mecanismo espacial, una forma de organización tácita: determina dónde se vive y, por lo tanto, cómo se vive. Es una geografía de privilegios y de carencias, donde la fractura social y territorial se torna aún más crítica. Sectores enteros quedan encapsulados dentro de fronteras invisibles, separando a quienes "pertenecen" de quienes solo intentan acceder. La falta de interacción entre extraños erosiona la posibilidad de construir un "nosotros" urbano. La desigualdad, entonces, no solo limita recursos: limita vínculos, reconocimientos mutuos, posibilidades de cooperación.

En contextos así, la soledad urbana no surge de la ausencia de otros, sino de la imposibilidad de encontrarlos en condiciones de igualdad. De allí que la ciudad desigual sea también una ciudad donde las miradas no se cruzan, donde los trayectos no convergen, donde la distancia social se traduce en distancia física. La planificación urbana tradicional, muchas veces basada en criterios tecnocráticos y eficientistas, ha tendido a reproducir ese modelo cerrado, organizado en compartimentos estancos y funcionalidades rígidas. Superar esta dinámica requiere un enfoque deliberadamente ético. Resulta imperioso entonces contribuir a la democratización del espacio, garantizando el acceso universal a vivienda digna, educación de calidad, salud pública efectiva y movilidad asequible (Ascher, 2001).

Asimismo, implica diseñar espacios donde la diferencia no se oculte ni se segregue, sino que se encuentre y conviva: calles que mezclen usos y personas, equipamientos urbanos accesibles, entornos donde la vida cotidiana no quede restringida a fragmentos homogéneos. Una ciudad que aspire a no dejar a nadie solo debe reconocer que la desigualdad es la forma contemporánea del laberinto kafkiano, un sistema donde el individuo queda atrapado sin comprender del todo sus mecanismos. La ciudad tiene entonces la responsabilidad de desmontar ese laberinto, de abrir puertas donde antes había muros, de restituir la posibilidad de encuentro, donde la alteridad no sea una amenaza, sino la condición misma de la vida en comunidad (Tella & De Sousa, 2021).

4. Infraestructuras que reconectan: oportunidad para cualificar la ciudad

El acceso a los servicios básicos —agua potable, saneamiento, energía— constituye la arquitectura silenciosa de toda vida urbana. Sin embargo, en muchas ciudades esta arquitectura se ha vuelto fragmentada, selectiva y, en ocasiones, indiferente al devenir cotidiano de sus habitantes. Las

infraestructuras no son meros soportes técnicos: son estructuras éticas, dispositivos que pueden abrir o cerrar la ciudad, habilitar la cooperación o profundizar la desigualdad (Tella, 2024). Cuando el acceso a lo esencial depende del código postal o del poder adquisitivo, la ciudad deja de ser un espacio común para convertirse en un mosaico de privilegios y privaciones.

En esos intersticios donde el agua no llega o la energía es intermitente, el ciudadano experimenta una forma de alienación que recuerda la atmósfera kafkiana: una sensación de ser arrojado a un espacio que, aunque habitado, permanece hostil e inaccesible, como si la propia ciudad se transformara en un organismo que no reconoce a quienes la habitan. La falta de infraestructura adecuada no solo compromete la salud pública, sino que erosiona la experiencia de lo colectivo. Sartre describía en *La náusea* el vértigo de enfrentarse a un mundo que no responde, que no devuelve un sentido. Algo similar ocurre cuando la ciudad se vuelve una presencia absurda, una estructura que existe sin significar, una forma sin función humana.

De modo que se debe pensar la infraestructura como un tejido poroso y adaptativo, capaz de sostener la vida social en lugar de fragmentarla. No se trata solo de instalar redes, sino de imaginar formas de convivencia que permitan que lo básico sea verdaderamente universal. Una infraestructura abierta es aquella que no distingue entre ciudadanías otras, sino que reconoce que el acceso a lo elemental es un precondición para la participación democrática. Planificar la ciudad en estos términos implica comprender que lo básico no es simplemente técnico sino profundamente político y, sobre todo, relacional.

Asegurar servicios básicos restituye la dignidad, reconstruye la familiaridad entre extraños y hace posible aquello que se identifica como el corazón de lo urbano: la cooperación entre personas que no se conocen pero que comparten un mismo sitio. En este sentido, garantizar la infraestructura esencial es una forma de contrarrestar la soledad urbana. Allí donde el Estado asegura lo mínimo vital, la ciudad deja de expulsar y empieza a hospedar. La infraestructura, entonces, no solo transporta agua o electricidad: transporta sentido, pertenencia, reconocimiento. Permite que la ciudad se convierta en un territorio donde vivir no sea un acto de resistencia, sino de expresión colectiva.

La innovación tecnológica ha transformado profundamente la forma en que habitamos las ciudades. Sensores, plataformas digitales, inteligencia artificial, internet de las cosas, sistemas de información geográfica y energías renovables han ampliado las capacidades de gestión urbana, permitiendo optimizar recursos, mejorar servicios y aumentar la eficiencia de las infraestructuras. Sin embargo, en este marco surge una pregunta que trasciende la dimensión técnica: ¿puede la tecnología contribuir a reconstruir vínculos humanos?

Durante las últimas décadas, el paradigma de las denominadas *smart cities* impulsó una visión de ciudad centrada en la recopilación de datos, la automatización de procesos y la optimización del funcionamiento urbano. Este enfoque produjo avances significativos en materia de movilidad, energía y gestión ambiental. Pero también evidenció una limitación importante: una

ciudad puede ser extremadamente inteligente desde el punto de vista tecnológico y, al mismo tiempo, profundamente frágil desde el punto de vista social. (Tella, 2025). La paradoja contemporánea es evidente. Nunca antes la humanidad estuvo tan conectada digitalmente y, también, nunca la sensación de aislamiento había alcanzado niveles tan elevados.

Millones de personas mantienen contacto permanente a través de dispositivos electrónicos mientras experimentan una creciente disminución de los encuentros presenciales, de la vida comunitaria y de las redes de apoyo cotidiano. La tecnología, diseñada originalmente para acercarnos, termina reforzando dinámicas de individualización y repliegue. Esta situación obliga a replantear el concepto mismo de innovación urbana. El desafío ahora consiste en construir ciudades más sensibles, capaces de utilizar la tecnología para fortalecer la cohesión social, promover el encuentro y generar nuevas formas de comunidad.

En este sentido, la inteligencia artificial y el análisis de datos pueden desempeñar un papel fundamental en la identificación temprana de situaciones de aislamiento social. A partir del estudio de patrones de movilidad, utilización de espacios públicos, participación comunitaria y acceso a servicios, resulta posible detectar territorios o grupos poblacionales con mayores niveles de vulnerabilidad relacional. La tecnología deja entonces de ser una herramienta de control para convertirse en una herramienta de cuidado. Del mismo modo, las plataformas digitales pueden facilitar la construcción de redes comunitarias.

Aplicaciones destinadas a conectar vecinos, compartir servicios, organizar actividades barriales, promover voluntariados o difundir eventos locales pueden fortalecer relaciones sociales y generar nuevas oportunidades de encuentro. El objetivo no es reemplazar la interacción humana mediante interfaces digitales, sino utilizar la tecnología como un puente que facilite conexiones reales en el territorio. La innovación también puede contribuir a la creación de espacios urbanos más inclusivos y accesibles. Sistemas inteligentes de movilidad, información en tiempo real, diseño universal asistido por tecnología y herramientas de participación digital permiten ampliar el acceso a la ciudad para grupos sociales tradicionalmente excluidos. Una ciudad tecnológicamente avanzada debería ser, ante todo, una ciudad más democrática.

5. Diseño para el encuentro: cuando el espacio público construye comunidad

Una ciudad que aspira a no dejar a nadie solo debe promover una gobernanza basada en la escucha, la cooperación y el reconocimiento mutuo. La participación ciudadana no constituye únicamente un instrumento para mejorar políticas públicas, es también una forma de fortalecer los lazos sociales y reconstruir la relación entre las personas y el territorio que comparten. En este sentido, gobernar la ciudad implica también cuidar a la comunidad. Allí donde las personas participan, se encuentran, y allí donde se

encuentran, comienza a construirse una ciudad más democrática, más inclusiva, más solidaria y menos solitaria.

Las ciudades no son producto de la acumulación de edificios, infraestructuras y espacios públicos. Son escenarios donde se desarrollan relaciones humanas, donde se construyen identidades colectivas y donde se expresa la vida cotidiana. En este sentido, el diseño urbano y la arquitectura poseen una responsabilidad que trasciende la dimensión estética o funcional: influyen directamente en la manera en que las personas se encuentren, interactúen o vinculen.

Durante gran parte del siglo XX, numerosos modelos de planificación privilegiaron criterios de eficiencia, especialización funcional y segregación de usos. Barrios residenciales aislados, grandes infraestructuras de circulación, espacios públicos residuales y edificios concebidos como objetos autónomos contribuyeron, muchas veces involuntariamente, a debilitar las oportunidades de interacción cotidiana. La consecuencia fue la aparición de entornos urbanos técnicamente eficientes pero socialmente fragmentados, donde la proximidad física no se traducía en cercanía.

Frente a este escenario, el urbanismo contemporáneo comienza a recuperar una idea fundamental: la ciudad es, ante todo, un espacio de encuentro. Las calles, plazas, parques, corredores verdes, mercados, bibliotecas, centros culturales y equipamientos comunitarios constituyen la infraestructura social que sostiene la vida colectiva. Son lugares donde las personas pueden reconocerse, intercambiar experiencias, construir confianza y fortalecer los vínculos que dan sentido a la comunidad. Diseñar estos espacios ya no implica resolver cuestiones de circulación o paisaje sino, también, crear condiciones para la interacción humana.

Las ciudades más vitales son aquellas capaces de albergar la diversidad y favorecer el contacto entre personas. La ciudad ya no se define por la ausencia de límites sino por la capacidad de generar permeabilidad, accesibilidad y mezcla social. Así, el diseño urbano debe promover entornos caminables, espacios públicos activos, usos mixtos y escalas humanas que faciliten los encuentros espontáneos y la convivencia cotidiana. Una ciudad donde todo se encuentra a grandes distancias o donde la vida transcurre exclusivamente en espacios privados tiende a debilitar las redes sociales y a aumentar las experiencias de aislamiento.

La arquitectura también desempeña un papel decisivo en este proceso. Los edificios no solo alojan actividades, sino que condicionan la manera en que las personas se relacionan. Viviendas que incorporan espacios comunes, equipamientos compartidos, patios colectivos, galerías, terrazas accesibles y áreas de convivencia pueden contribuir a generar oportunidades de encuentro sin invadir la privacidad individual. Hoy, la arquitectura enfrenta el desafío de equilibrar autonomía y comunidad, reconociendo que habitar implica mucho más que ocupar un espacio físico.

La sostenibilidad amplía aún más esta reflexión. Los espacios verdes, la infraestructura ecológica, las soluciones basadas en la naturaleza y las estrategias de adaptación climática mejoran el desempeño ambiental de las ciudades y fortalecen el bienestar físico y emocional de sus habitantes. El

contacto cotidiano con la naturaleza favorece las interacciones sociales: parques, huertas urbanas, corredores ecológicos y plazas de cercanía se convierten, así, en lugares donde convergen sostenibilidad ambiental y cohesión comunitaria. No se trata de construir ciudades más eficientes, resilientes o ambientalmente responsables, sino de crear entornos capaces de generar bienestar relacional (Tella & Fernández, 2023).

La creciente incorporación de naturaleza en los entornos destinados al cuidado de la salud constituye una muestra elocuente de esta nueva comprensión del espacio. Diversas experiencias internacionales han comenzado a integrar jardines terapéuticos, terrazas verdes y áreas de contacto con la naturaleza en hospitales y centros de atención médica. La presencia de vegetación, luz natural y vistas hacia paisajes verdes ha demostrado contribuir a reducir la sensación de aislamiento, favoreciendo procesos más humanizados. Estas experiencias revelan que la naturaleza no debe ser considerada un elemento decorativo de la ciudad, sino una infraestructura esencial para el bienestar físico, mental y social de las personas. La incorporación de naturaleza en la ciudad constituye una de las expresiones más avanzadas de la relación entre diseño, bienestar y calidad de vida.

6. Desarrollo sostenible: de la cultura del descarte a la cultura del cuidado

Frente a un escenario predominantemente extractivista, la economía circular emerge como una alternativa capaz de transformar la manera en que las ciudades gestionan sus recursos, promoviendo sistemas más eficientes, resilientes y sostenibles. Implica reemplazar la lógica del descarte por una lógica de la regeneración, donde materiales, productos y recursos permanezcan en uso durante el mayor tiempo posible. La reutilización, la reparación, el reciclaje, el intercambio y el aprovechamiento de subproductos permiten reducir el consumo de materias primas y disminuir la generación de residuos.

Su alcance va mucho más allá de una estrategia ambiental. Constituye una oportunidad para fortalecer economías locales, generar empleo y promover nuevas formas de cooperación. Con lo cual, los procesos de reparación, reutilización, intercambio y producción colaborativa suelen generar espacios de encuentro y construcción comunitaria. Talleres compartidos, mercados de usados, huertas urbanas, cooperativas de producción, bancos de tiempo y plataformas de intercambio no solo optimizan recursos, también fortalecen redes sociales, promueven la confianza y refuerzan el sentido de pertenencia.

De modo que hablar de economía circular implica también tender hacia una economía de vínculos. Cuando empresas e instituciones desarrollaron una red de cooperación para gestionar residuos, excedentes energéticos y subproductos de una actividad en tanto insumos de otra, el resultado representa una significativa reducción del desperdicio de recursos, menores impactos ambientales y mayor eficiencia económica. Y quizás lo más

interesante sea que reconstruye confianza, colaboración y relaciones de largo plazo entre actores diversos, demostrando que la sostenibilidad también pende de la calidad de los vínculos que una comunidad sea capaz de construir.

Así, las ciudades serán capaces de comprender que los recursos materiales y los recursos sociales forman parte de un mismo sistema. Tan necesario resulta reducir residuos y optimizar materias primas como fortalecer los lazos comunitarios que sostienen la vida urbana. La economía circular ofrece una oportunidad para avanzar en ambos objetivos de manera simultánea. A ello apunta, a construir ciudades donde los recursos circulen, las oportunidades se compartan y las personas vuelvan a reconocerse como parte de una comunidad. En definitiva, una ciudad sostenible no es aquella que solo reduce su huella ecológica, sino aquella que también fortalece el tejido social que la mantiene viva.

Existen experiencias significativas donde grupos de mujeres de distintas comunidades son capacitadas en agricultura urbana y agroecología mediante la provisión de herramientas, semillas y asistencia técnica para el trabajo en huertas comunitarias instaladas en espacios públicos. De tal modo, producen alimentos para el consumo familiar, mejorando las posibilidades de los hogares participantes. Y los excedentes de producción se integran a circuitos locales de intercambio y abastecimiento, generando beneficios económicos complementarios para las familias. Su principal valor radica en su dimensión social: las huertas se transforman en espacios de encuentro, de aprendizaje y cooperación, fortaleciendo las relaciones entre vecinos y promoviendo nuevas redes de apoyo mutuo.

Este tipo de iniciativas demuestra que la economía circular puede trascender la mera gestión eficiente de recursos para convertirse en una herramienta de inclusión social, empoderamiento comunitario y construcción de vínculos. Allí donde se cultivan alimentos, también se cultivan relaciones. De manera que, la transición hacia modelos de desarrollo más sostenibles exige repensar no solo la manera en que las ciudades utilizan sus recursos, sino también la forma en que construyen comunidad. La economía circular muestra que es posible reducir impactos ambientales, fortalecer economías locales y mejorar la calidad de vida. Pero su aporte más profundo quizás resida en la capacidad de recuperar valores, tales como la cooperación, la reciprocidad, el intercambio y el cuidado mutuo, que durante mucho tiempo quedaron relegados ante modelos centrados en la competencia y el consumo. Las ciudades deberán regenerar sus recursos y su capital social para que los habitantes se sientan parte de un proyecto común (Tella et al., 2026).

7. Espacios del apego: hacia una sociabilidad sin requisitos de pertenencia

Existen espacios urbanos que se definen por sus cualidades de introversión, los que se cierran hacia su interior, como shoppings, tiendas y supermercados. Otros, por sus rasgos de extroversión, cuyo interior tiende a trascender al exterior. Y emergen también aquellos que apelan a la otredad, a

una trama de vínculos significativos que, sin que se traduzcan en sumisión a una comunidad, consagran una frontera porosa entre interior y exterior, conformando un espesor habitable. Esta mirada nos lleva a pensar a la ciudad desde otro lugar, reconociendo modos de sociabilidad divergentes, con matices, con disputas, con fricciones, con tensiones (Heredia & Tella, 2026).

Tal dimensión dilemática, abordada por el psiquiatra neoyorquino Rami Kaminski como el *don de no pertenecer*, plantea la necesidad de establecer nuevas formas de estar con otros, sin demanda de pertenencia. Son las ciudades otrovertidas, las que no están enfocadas en vínculos selectivos sino que apuntan, fundamentalmente, a su capacidad para reconocer que no todas las personas necesitan la misma intensidad de interacción social y que, por lo tanto, no todos los espacios urbanos debieran producir el mismo tipo de encuentro. Por ende, estas ciudades ofrecen diferentes gradientes de sociabilidad, lugares donde uno puede estar solo pero acompañado, espacios donde es posible encontrarse sin tener que interactuar, situaciones en las que la proximidad física no exige vincularidad.

De este modo emerge el concepto de *place attachment*, de apego al lugar, de vínculos afectivos que se construyen con determinados espacios a partir de experiencias de sitio, de recuerdos de cotidianeidad. El apego puede desarrollarse hacia una calle, un barrio, una plaza, una terraza o una ciudad, y no coincide con la identidad colectiva o con el sentido de pertenencia a un grupo social determinado. O sea que podemos sentir que un lugar “es nuestro” sin que eso implique que nos sintamos plenamente integrados con quienes lo habitan.

En el film *Medianeras* (2011), de Gustavo Taretto, surgen algunas escenas particularmente elocuentes de esta condición. Buenos Aires es presentada como una ciudad densamente habitada pero capaz de producir experiencias profundamente solitarias. Las ventanas, las medianeras, los departamentos mínimos y la proximidad física entre desconocidos construyen una paradoja: nunca estamos demasiado lejos de los otros, pero eso no significa que podamos encontrarlos. La ciudad facilita la coexistencia, aunque no necesariamente el encuentro.

Más recientemente, otro film argentino, *Parque Lezama* (2026), de Juan José Campanella (2026), en cambio, el espacio público aparece como mediador de un vínculo inesperado. Dos hombres muy diferentes comienzan a encontrarse regularmente en un banco del parque y, a partir de esa proximidad repetida, construyen una amistad. La película coloca en un espacio público acotado conversaciones sobre la vida, la familia, el tiempo y la muerte. El banco de plaza funciona así como una infraestructura mínima de sociabilidad: no obliga a conversar, pero hace posible que la conversación ocurra. Ambas escenas permiten pensar que la ciudad puede habilitar o dificultar una forma de estar con otros que no depende de pertenecer.

Esta posibilidad permite imaginar una relación distinta y más compleja entre ciudad y comunidad. Una de las cuestiones centrales no sea, quizás, qué vínculos ofrece una ciudad, sino qué tipo de contacto social permite construir. Hay quienes no buscan subsumirse a grandes grupos, involucrarse en eventos masivos ni en comunidades cohesionadas, pero sí necesitan

reconocer rostros, recorrer determinadas calles, sentarse siempre en la misma plaza, cruzarse con alguien conocido en un café o mantener conversaciones ocasionales con vecinos.

8. Ciudades otrovertidas: más allá del remanido modelo de la proximidad

Existen formas de sociabilidad de baja intensidad donde la interacción colectiva y la familiaridad cotidiana pueden contribuir a que determinados lugares adquieran significado. Entonces, el espacio urbano debería tender a promover encuentros voluntarios, cómodos y seguros: bancos individuales y compartidos, pequeñas plazas y rincones de permanencia, cafés y equipamientos de proximidad, recorridos peatonales agradables, espacios verdes accesibles, umbrales entre lo público y lo privado, buena iluminación y condiciones de seguridad, diversidad de escalas y posibilidades de permanecer diferentes.

En este sentido, la singularidad de estas respuestas urbanas no estaría tanto en la creación de nuevos espacios como en un cambio de paradigma sobre los modos de rehabitar los espacios existentes. El banco de una plaza constituye quizás un ejemplo claro. Un banco puede ser parte del mobiliario urbano, pero también puede convertirse en una pequeña infraestructura de vínculo. Permite sentarse solo, leer, mirar pasar a los demás, conversar con alguien conocido o, eventualmente, comenzar una charla circunstancial. Su valor no reside en ninguna de esas posibilidades por separado, sino en que las contiene a todas sin imponer ninguna.

Algo similar sucede con determinados cafés, bibliotecas, mercados, paseos, veredas anchas, pequeñas plazas, patios comunes, galerías o espacios de transición entre lo público y lo privado. No se trata de llenar vacíos, ni de convertir cada encuentro en comunidad. Se trata de lugares que habiliten presencia compartida de baja intensidad. No requieren de la participación, el consumo, la pertenencia ni la exposición. Ofrecen, a secas, la posibilidad de estar. Esta condición introduce una diferencia sustancial respecto de cierta concepción tradicional del espacio público (Kaminski, 2025).

Durante mucho tiempo hemos pensado que un buen espacio urbano es aquel que genera encuentros. Diseñar para la sociabilidad puede terminar produciendo espacios excesivamente programados, donde cada actividad parece tener que estar organizada, cada superficie ocupada, cada usuario involucrado. Una ciudad otrovertida, en cambio, apunta a trabajar con espacios más ambiguos, abiertos a la apropiación, con fronteras híbridas para la interacción con el otro tanto como con uno mismo. De allí surge una relevante condición espacial: la posibilidad de elegir la distancia. La distancia física es también una distancia social, que nos ofrece una arquitectura de bordes y de transiciones no solo por grandes plazas o parques, sino por aquellos lugares que producen diferentes grados de intimidad.

El zaguán, la vereda, el portal, la esquina, el patio, el pequeño comercio, la parada de colectivo o el banco bajo un árbol pueden funcionar como espacios de mediación entre el individuo y la ciudad. El desafío es construir

espacios de apego, esos espacios que adquieren valor no por sus cualidades físicas, sino por la repitencia de experiencias que allí se suceden. Volver al mismo lugar, reconocer una misma escena, encontrar una cara conocida o simplemente recuperar una rutina puede transformar un espacio cualquiera en un lugar significante.

En consecuencia, más allá del modelo de ciudad que apela a la remanida revolución de la proximidad, la noción de ciudad otrovertida incorpora formas más sensibles de construcción de vínculos: los gradientes de interacción social con intensidad diferencial, la condición espacial de elegir la distancia, los modos de sociabilidad divergentes, sin requisitos de pertenencia, las condiciones de apego al lugar para construir experiencias de sitio. No busca diluir diversidades, sino producirlas; no busca eliminar la fricción, sino habilitar descubrimientos. En una época marcada por profundas transformaciones globales, las ciudades tienen la necesidad imperiosa de reinventarse no solo para ser más inclusivas, eficientes y sostenibles, sino también como plataformas capaces de cuidar vínculos, integrar recuerdos, reconectar espacios.

9. Referencias

Ascher, F. (2001). *Les nouveaux principes de l'urbanisme*. Éditions de l'Aube.

Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Capel, H. (2004). *El futuro de la ciudad*. Ediciones del Serbal.

Castells, M. (1996), *La era de la información. Vol.1: La sociedad red*. Alianza.

Harvey, D. (1977), *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo Veintiuno.

Heredia, M., & Tella, G. (2025a). Ciudades para no estar solos: Hacia una reconexión social ante la creciente soledad urbana. *Revista A&C*, (455). https://arquitecturayconstrucciondigital.com/secciones/opinion/ciudades-para-no-estar-solos/

Heredia, M., & Tella, G. (2025b), *Hacia una gestión inteligente de ciudad: cómo generar suelo urbanizable*. *Revista A&C*, (454). https://arquitecturayconstrucciondigital.com/secciones/opinion/hacia-una-gestion-inteligente-de-ciudad/

Heredia, M., & Tella, G. (2026, 30 de marzo). Ciudades para no estar solos: el desafío urbano de luchar contra el aislamiento social. *Clarín Arquitectura.* https://www.clarin.com/arq/ciudades-solos-desafio-urbano-luchar-aislamiento-social_0_P8aeLoV3xn.html

Kaminski, R. (2025). *The Gift of Not Belonging: How Outsiders Thrive in a World of Joiners*. Hachette Book Group.

Sassen, S. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton University Press.

Sennett, R. (2018), *Building and Dwelling: Ethics for the City*. Yale University Press

Soja, E. (1996). *Six Discourses on the Postmetropolis*. Routledge.

Tella, G. (2022). Habitar el borde: Condiciones materiales del proceso de construcción de la ciudad. El caso del barrio Nicole. *Revista Posición*, (8), 1-5. https://posicion-inigeo.unlu.edu.ar/posicion/article/view/53

Tella, G. (2024). *Ciudad y edadismo: La emergencia de los viejenials en la gestión local*. Fórum SmartCity Expo, Santiago del Estero, Argentina.

Tella, G. (2025). De la ciudad sólida a la ciudad líquida: orígenes interdisciplinarios de los estudios urbanos. *Revista Huellas, 1*(1), 82-95. https://doi.org/10.63790/7d799j42

Tella, G., & De Sousa, M. (2021). *Paisaje urbano: Estrategias para intervenir un Riachuelo en ciernes*. Diseño Ediciones.

Tella, G., & Fernández, A. (2023). *Paisajes de borde: Repensando el territorio como construcción simbólica de lugar*. Ediciones Azzurras.

Tella, G., Groppa, N., & Blanco, M. (2026). *Ciudades para armar: herramientas para la intervención urbanística*. Diseño Ediciones.